Agradecimiento

Koro Zumeta
Madre adoptiva desde 2005
Origen de los hijos, Colombia

En mi adolescencia conocí de cerca una adopción y todo lo que ello supuso para toda aquella familia. Ya con mis 16-17 años, supe que quería adoptar. Años después, el que fue mi novio –y luego mi marido y padre de mis hijos– compartía mi misma idea. Éramos jóvenes idealistas, ignorantes de muchos aspectos de la vida; por ejemplo, de por qué algunos niños llegan a la condición de adoptabilidad. Son situaciones muy diferentes, algunas de extrema dureza para la infancia, algunas llenas de un dolor que muchos adultos no tolerarían.

Fuimos haciendo camino en la vida. Queríamos ser padres también de forma biológica y, ante las dificultades, teniendo claro que la adopción era un camino deseado por los dos, iniciamos los trámites. Acudimos a diversas charlas, leí muchos libros, oí entrevistas, mantuve conversaciones por chats, foros, emails… Y así, fuimos haciendo camino en nuestra paternidad.

Para nosotros era importante que nuestros hijos tuvieran información de su proceso: de por qué habían llegado ahí y de su vida antes de llegar a nosotros

Aprendiendo mucho, pensando en lo que queríamos. Para nosotros era importante que nuestros hijos tuvieran información de su proceso: de por qué habían llegado ahí y de su vida antes de llegar a nosotros. Queríamos que si un día quisieran saber, tuvieran información.

Así fueron pasando los años –a mí me gusta decir que son hijos nacidos del corazón–, años de espera, años de añoranza. Una espera larga que, al

recibir la asignación, convirtió nuestro ser en un mar de lágrimas, emoción, amor, nervios. Muchas sensaciones a la vez. Día a día hemos hecho camino, y lo seguimos haciendo: aprendiendo de las equivocaciones, pidiendo ayuda cuando hemos creído que la necesitábamos, haciendo entender a nuestros hijos que los amamos con locura, que son lo mejor que nos ha pasado en la vida, que vivimos por y para ellos, que disfrutamos de ellos en el día a día y que un beso, un abrazo suyo despeja todo el malestar de un día de trabajo.

Es un placer ver cómo van haciendo su camino en la vida. Ahora nos toca respetar sus ritmos, caminar a su lado, ayudándoles cuando te dejan, estar ahí. Solo me queda decir gracias a la vida por haberme permitido ser la madre de mis hijos.

